

TODAS LAS
ESTRELLAS
MUERTAS

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

TODAS LAS ESTRELLAS MUERTAS

por

Hernán Arturo Ruiz



SINALOA
GOBIERNO DEL ESTADO

SEPyC
Secretaría de Educación
Pública y Cultura



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2023

TODAS LAS ESTRELLAS MUERTAS

D.R. © Hernán Arturo Ruiz

D.R. © Instituto Sinaloense de Cultura

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: noviembre 2023

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, col. San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,
Ciudad de México c.p. 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-144-2

ISBN DEL INSTITUTO SINALOENSE DE CULTURA: 978-607-59739-5-1

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

A Michel, Konejo y Lalo Thomas,
por acompañarme en la música.

A Mariel, por siempre.

*Tanta derrota fría
desparrama semillas de distancia.*

Jaime García Terrés

*¡Pero escúchenme!, bajo esta luna y
esta piel vengo a decir,
como siempre que de mí, todo lo di.*

División Minúscula

UNO

Todo se fue al carajo la noche que papá me regaló la guitarra. Durante dos años le rogué que me comprara una Gibson Les Paul blanca parecida a la que usaba Javier Blake de División Minúscula, y él, con la atención puesta en facturas o su celular, respondía:

—Una del mercado primero.

Después de tanto insistir, creí que jamás me la compraría, pero aquel domingo se fue a pintar la recepción de su despacho y cuando volvió me aventó las llaves del auto.

—Creo que hay algo para ti en la cajuela.

—¿Algo de qué?

—No sé, ve y fijate si quieres.

Habló con ese tono infantil que usa cuando da regalos o buenas noticias. Apenas lo detecté, corrí hacia la calle con la idea de que serían unos tenis o la mochila que vimos en Walmart. Levanté la cajuela y vi la funda negra. Me costó unos segundos entender que dentro había una guitarra. Fue como si mi cerebro se hubiera trabado. “¿Me la compró?” Las manos me temblaban y no podía bajar el cierre de la funda. Cuando por fin la abrí, se asomó el clavijero de una Española para principiantes. Aunque mi primer sentimiento fue de decepción, recordé que ese era

el primer paso para la Gibson blanca. Volví a la casa con la guitarra en una mano y la funda en la otra. Papá estaba en la sala con el rostro pálido y mamá lo veía desde la barra de la cocina.

—¿Qué tienen?

—Vete a tu cuarto —la voz de mi madre sonó fría, como si fuera de otra persona.

—Espérame, mira lo...

—¡Haz caso!

Ahora el que habló fue papá. Obedecí con una presión en el pecho. Por sus caras largas era algo grave. Después de cerrar la puerta del cuarto fui al espejo y me olvidé de ellos. Frente a mí estaba el próximo Javier Blake o la versión mexicana de Billie Joe Armstrong. Me puse los lentes de aviador de mi hermano y canté “Holiday” mientras tocaba las cuerdas de la guitarra al aire. En seguida le hice un tributo a los Ramones. Los posters de motocicletas y mujeres en bikini de Tomás eran mi público. Entonces se escuchó un grito. Me quedé paralizado justo a la mitad de “I wanna be sedate”. El grito se repitió. Era mamá. Dejé la guitarra sobre el escritorio y fui a la puerta.

—No digas chingaderas, Olivia, te va a escuchar Santiago.

—Qué me oiga, no me importa. ¿Qué clase de hombre eres? Yo siempre...

No entendí lo último. Algo se quebró y supuse que era un plato. ¿O habrán sido las figuras de porcelana de la consola? Pocas veces mis papás peleaban y cuando lo hacían era en su habitación.

—No puedo creer que hayas estado a punto ¿No tuviste los huevos para decírmelo?

“¿Para decirte qué?” Las cosas se rompían unas después de otras. Papá gritó otra vez y el ruido se detuvo. El

silencio que siguió me provocó un nudo en la garganta y por unos segundos no pude ni tragar saliva.

—Quiero que te largues de mi casa...

Se me apretó el estómago apenas escuché a mamá pedirlo con un tono desgarrado. Su llanto me recordó a cuando murió mi Nana Lupe. ¿Era para tanto? ¿Dónde estaba Tomás? Creí que él podría intervenir y hacerla cambiar de idea. Mi hermano mayor siempre encontraba la manera de arreglar las cosas. Los gritos se convirtieron en murmullos. Encendí la tele y puse MTV. Traté de concentrarme en una lista de los videos más pedidos en lo que iba del 2009, pero fue imposible. Mi estómago seguía apretado por la petición de mi madre: *Quiero que te largues de mi casa*. ¿Por qué le había dicho eso? Vi la Española sobre el escritorio. “¿De verdad es mía?”. Solté una risita que rápido fue apagada por el llanto entrecortado de mamá. “Chingado”, pensé con la mandíbula apretada. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó antes de que todo se tranquilizara. Abrí la puerta de mi cuarto y salí. El pasillo se veía normal. Lo recorrí despacio hasta llegar a la cocina. El suelo era una alfombra de tazas, vasos y platos rotos. Papá estaba sentado en el comedor con medio cuerpo echado sobre la mesa. Al verme se enderezó. Tenía los ojos enrojecidos y el cabello aplastado de un lado.

—Ten cuidado, no te vayas a cortar.

—¿Te vas a ir de la casa? —idiota, siempre me he arrepentido por habérselo preguntado.

Se llevó una mano a la quijada como si tuviera un repentino dolor de muelas. Sonrió. Me dio la impresión de que su boca estaba dibujada con lápiz.

—Claro que no, tu mamá está loca. Vete dormir. En la semana vemos en dónde te pueden enseñar música —hablaba despacio y sin energía.

—Bueno.

Caminé hacia el pasillo y un pedazo de cerámica se rompió bajo mis pies. Pensé que me regañaría, pero pareció no darse cuenta. En el cuarto me acosté en la cama con la Española. Tenía un olor parecido a los muebles de la sala. Me aferré a ella con fuerza, pues de pronto temí que algo o alguien me la arrebatara. Afuera se escucharon pasos, el sonido de una escoba, una puerta que se cerró y después nada. Debían ser casi las diez de la noche. Era la primera vez que el silencio llegaba tan temprano a la casa.

Dos

Apenas pude dormir. Mi hermano llegó cerca de las doce, se metió a bañar y se acostó sin dirigirme la palabra. A los segundos ya se oían sus ronquidos. Dejé la Española en el suelo, pues me costaba acomodarme con ella en la cama. La voz de mamá pidiéndole a mi padre que se fuera se repetía una y otra vez. Ningún hijo debería escuchar eso. Pensé en la frase que ella usó: *Que me oiga, para que sepa la clase de hombre que eres...* “¿Qué clase de hombre es? ¿A qué se refería?” Me asomé al suelo. Las cuerdas de la guitarra brillaban con la luz del pasillo. “Por fin tendré mi propia banda”. Imaginé que me iba de gira por el país al lado de División Minúscula, Allison y Delux. “Un día todos van a saberse mis canciones”, me juré, “un día voy a recordar esta noche como el principio de todo”.

Cuando desperté, sentí como si me hubieran echado tierra en los ojos. Tomás seguía dormido. Como siempre papá tocó la puerta varias veces de camino a la sala. Salté de la cama y fui a la de mi hermano.

—¡Despiértate! ¡Mira lo que me compraron!

Se revolvió en la cama y lanzó un golpe que logré esquivar.

—Ya, hombre, déjame...

Papá gritó que nos apuráramos. Tomás se sentó en la cama entre quejidos. Sólo llevaba un bóxer y tenía unos cuantos moretones en el cuello y en el pecho.

—¿Qué te pasó?

—¿Eh? —bostezó y se tronó los dedos de las manos sin levantarse.

—Tienes algo en el cuello.

Arrugó la frente. Se levantó y fue hacia el espejo. Examinó uno por uno los moretones y sonrió.

—Cabrona.

—¿Quién?

—Nadie —no dejaba de verse el cuello y el pecho.

—Bueno, mira lo que papá me dio.

—Ya sé, yo fui con él a comprarla.

Regresó a la cama y se tiró mientras sobaba los moretones con una mano.

—¿Te duelen?

—No.

—¿Quién te pegó o qué?

Soltó una risita.

—¿De qué te ríes?

—Eres un inocente.

Se levantó sin dejar de reír y salió del cuarto. Me quedé por unos segundos con la vista en la puerta.

—Pendejo.

Escuché que papá lo regañaba por haber llegado tarde. Dos o tres veces a la semana lo sermoneaba sobre lo peligroso que era andar tan noche en la calle. En una ocasión hasta lo amenazó con quitarle el carro, pero no se lo cumplía porque mi hermano trabajaba en su despacho contable y necesitaba en qué moverse. A mí me invitó varias veces para que desde chico aprendiera el oficio, pero nunca me interesó ser contador.

Esperé a que Tomás saliera del baño para entrar. Una vez cambiado, fui a la cocina. La pelea de la noche anterior regresó entonces a mi memoria. Papá comía cereal en uno de los platos viejos que nos regaló la abuela.

—¿Y mi mamá?

Se limpió la boca con una servilleta y aclaró su garganta.

—No se siente bien, hoy te vas con tu hermano. Sírvete cereal.

Fui despacio a la alacena con un repentino vacío en el estómago. En el cesto de basura estaban los restos de loza quebrada. Apenas pude comer. Papá veía su teléfono y le daba pequeños tragos a una taza de café. Tomás apareció con el uniforme de la preparatoria. Se sirvió cereal y se sentó frente a mí. Mientras sorbía los restos de leche, vi a papá. Su corbata estaba mal hecha y respiraba profundo.

—¿Y los platos buenos? —preguntó Tomás.

—Se me cayeron anoche.

—¿Todos?

—Sí. Hoy llevas a tu hermano a la escuela, mamá está enferma —se levantó, y dejó el plato y la taza en el fregadero—. Me voy, los quiero.

Quise preguntar sobre las clases de guitarra, pero a paso rápido salió al porche. Encendió su carro y arrancó sin esperar a que el motor se calentara. Tomás se sirvió más cereal.

—Ayer se pelearon —susurré.

—¿Quiénes?

—Mis papás. Se pusieron bien bélicos. Mamá fue la que quebró los platos.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—No sé, me mandaron al cuarto y casi no entendí. Ella le preguntó a mi papá sobre la clase de hombre que era, y que le había hecho algo.

Me vio con el ceño fruncido. Tomás también estaba consciente de lo raras que eran las peleas entre ellos.

—Ya vámonos, pues.

En el camino le conté cómo es que papá llegó, me dio las llaves del carro para ir por la guitarra y de la nada iniciaron los gritos.

—Mi mamá le pidió que se fuera de la casa.

—No mames.

—Ya sé, y se lo dijo llorando —hice una pausa, pues de pronto sentí que unas manos invisibles se cerraban sobre mi garganta—. ¿Tú crees que se divorcien?

—No seas tonto —se había puesto pálido y noté que se esforzaba por sonreír.

—Es que ella le dijo...

—Mira, Santi, mis papás tienen un chingo de años juntos, ¿tú crees que ahora se van a dejar nomás porque sí? Es normal que peleen, de hecho se habían tardado. Tú sabes cómo es mamá, dice pendejadas cuando se molesta con nosotros.

—Pero nunca se había enojado tanto.

—Claro que sí, lo que pasa es que tú estás morro y no te había tocado. Yo la conozco más.

—¿Entonces ya lo ha corrido?

Apretó el volante con ambas manos y movió la boca como si masticara algo de mal sabor. Vio en todas direcciones antes de avanzar en un crucero.

—Lo ha de haber dicho porque sí.

No volvimos a tocar el tema. Me dejó en la entrada de la escuela. Era lunes. Una vez adentro lo primero que hice fue buscar a Pablo. Nos conocíamos desde primero de la secu. Él entró una semana después que todos y el maestro del Laboratorio de Ciencias lo sentó junto a mí. A partir de entonces nos hicimos los mejores amigos. Con Pablo tenía

planeado formar mi banda de rock. Sus padres le prometieron que si no le ponían ningún reporte de conducta la primera mitad del ciclo le comprarían una batería. Como era gordito le quedaba bien el instrumento. Lo encontré en la parte de la explanada donde nuestro grupo hacía fila para los honores. Le di un ligero golpe en el estómago.

—¿Qué crees? ¡Mi papá me compró la guitarra!

—¿Neta?

Abrió los ojos y sonrió, mostrando sus dientes mal acomodados.

—Sí. Es una acústica para principiantes, pero no hay pedo, ya que aprenda bien, me compra la eléctrica. Mientras podemos hacer las primeras canciones.

—Qué chingón, Santi.

—¿Y tú? ¿Qué te dijeron tus papás sobre la batería?

—Ah, pues que en estos días me la compran.

Volvió a sonreír y me preguntó sobre la tarea. Le dije que eso no importaba y, antes de que pudiera contarle cómo era la Española, la directora pidió por el micrófono que nos formáramos. Mientras cantábamos el himno nacional y el toque de bandera mis pensamientos fueron de la banda de rock a mis padres. “¿Tendrá razón Tomás? ¿Para la noche todo estará como antes?” La voz quebrada de mamá sonó muy convincente cuando le pidió a papá que se fuera. “¿Por qué tuve que escuchar eso? De entre todas las cosas que se dijeron y que no pude entender, ¿por qué esa sí?” Pero las preocupaciones eran suplantadas casi de inmediato por la idea de tocar en un escenario al lado de Pablo. Los premios MTV, el Vive Latino y el Auditorio Nacional serían nuestros escenarios. El miedo y la emoción se movían a tal velocidad en mi estómago que terminé por marearme. Baldomero, el prefecto más estricto de la secu, me pidió que me parara derecho. Terminado el homenaje la

directora habló sobre los próximos exámenes, la limpieza en los salones y luego pidió que nos retirarnos por grupos. Cuando fue el turno de los terceros, apenas podía caminar. Frente a mí, Pablo platicaba con Óscar, el más enano del salón. En ese momento caí en cuenta de que se nos olvidaba algo fundamental. Jalé a mi amigo del brazo y una vez que lo tuve enfrente, le pregunté:

—Oye, ¿cómo se llamará la banda?

—¿La banda?, pues... no sé, hay que pensarle.

—Esto ya empezó a jalar, Pablo. Hoy tiene que quedar el nombre.

TRES

Desde que entramos a primero de secundaria Pablo y yo decidimos que seríamos músicos. Fue en su casa, navegando en la computadora de su padre, que descubrimos a Green Day, luego a Blink 182, División Minúscula y a Panda. A Pablo no le gustaba Panda, decía que eran unos plagiaros sin imaginación y que cantaban como si les ardiera el culo. A mí me valía que algunas de sus canciones se parecieran a las de Green o My Chemical Romance. De hecho, su disco, *La revancha del Príncipe Charro*, estaba en mi top diez de favoritos. Escuchábamos a estas bandas junto a otras en la computadora, en discos originales y piratas y, sobre todo, en el canal de MTV Latinoamérica. Una noche vi un documental sobre los Beatles. Hablaban sobre sus primeros años en La Caverna y las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse antes de alcanzar el éxito mundial. Fue como una revelación. Ver a los cuatro asediados por mil chicas y con sus discos en los primeros lugares de ventas, me hicieron saber que eso era lo que yo quería para mi futuro. Al otro día le dije a Pablo que teníamos que formar nuestra propia banda y de inmediato aceptó. Tuvieron que pasar dos años para que por fin me compraran una guitarra, pero todavía estábamos en la

«TODAS LAS ESTRELLAS MUERTAS»

DE HERNÁN ARTURO RUIZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 7 DE NOVIEMBRE DE 2023
EN LOS TALLERES DE OCÉANO AZUL CREATIVO S. A. DE C. V.

PRIVADA EMILIANO ZAPATA 5947,

COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA,

C.P. 72550, MÉXICO.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES